

Alone

Evocación de Oscar Castro



A apariencia física estorba; no sólo intercepta; sino desvía la mirada, distrae el pensamiento por mil asociaciones que hablan simultáneamente; pero a Oscar Castro apenas lo vi tres veces; me llegaron, primero, sus versos, los más hermosos, frescos, firmes y bien logrados que se han escrito, indudablemente, en su generación, posterior a Neruda, liberada poco a poco de su órbita, aunque todavía bajo el influjo de García Lorca: después, durante un tiempo, empecé a recibir sus cartas, iniciadas por una de penetrantes confidencias, que me abrieron la intimidad de su espíritu. Entonces, sólo entonces, pude saber quién era, cómo era, hasta el fondo.

Había oído hablar de él, como de todos y he de recordar siempre la maravilla que me produjo descubrirlo.

El ejercicio de la crítica, en especial si se continúa largo tiempo, no inclina al trato personal de los autores. Se halla preferible verlos a distancia. O, mejor, no verlos. Trabaja sobre fibras demasiado sensibles, toca y, a menudo, fatalmente, hiere lo recóndito del ser, remueve y puede hasta aniquilar las razones de la existencia, el motivo que cada cual busca o crea para considerarse distinto y forjarse un refugio. No porque la opinión del crítico lleve en sí, esa trascendencia (muchos, sincera y jus-

tificadamente, la posponen) sino porque la dice en público y a causa de las resonancias, de los ecos múltiples hasta lo insospechable que esa circunstancia le presta. Unas cuantas experiencias de ese género, reacciones dolorosas, coléricas, decepcionadas o amargas, bastan para retraer a quien juzga de hacer su responsabilidad tangible y añadir la emoción humana a la simple emoción—o falta de emoción—estética.

El primer libro de Oscar Castro que leí, unos poemas, me pareció bellísimo; era sabio, delicado, maduro, hecho con una temblorosa maestría; y seguramente lo dije, como me pareció, desde adentro.

Pasó el tiempo, me llegó otro, en prosa, singular para cualquiera, no, a mi ver, para quien había dado tan alta muestra de superioridad. El escritor empezaba ahí de nuevo por senda distinta y no descubría aún con claridad total el rumbo, la técnica, sus especiales deberes. Pensé que el mío era decírselo así, ajeno a la idea de que, tras el libro, había un haz de nervios palpitantes, una mirada atenta, un corazón ansioso, agitado por el temor y una secreta esperanza. De otro modo sería imposible escribir, no valdría la pena.

Entonces, emergiendo del vago mundo anónimo donde habitan los autores a quienes solamente vemos a través de las páginas impresas, Oscar Castro me escribió.

Más que la obra de arte, concebida y brotada como un espectáculo posible, es decir, exterior, desprovista de verdadera intimidad, por mucha que en ella se ponga, las cartas que un hombre solo escribe y que otro leerá sin testigos, no defendida por los gestos, la expresión, las incontables e inevitables sugerencias de una fisonomía, de un cuerpo real, el movimiento de los ojos o de la boca, las inflexiones de la voz, hasta el estilo y la calidad de la indumentaria—que todo influye y es lenguaje—más que la presencia misma, física, eléctrica, las cartas personales entregan un fondo insondable, nos colocan delante de la

verdad y obligan a reconocerla, como si estuviéramos mirando un alma.

Las he recibido numerosas y abrí la del poeta aguardando, lo confesaré, el tan humano impulso de volver golpe por golpe. No debe reprochársele a los artistas que se defiendan ni aun cuando empleen cierta dosis de veneno, del cual no pocos usan y, también, abusan. Se trata, más que de ellos, de sus hijos y sus entrañas, de su ilusión, de su amor propio y del destino a que se creen merecedores, puesto un instante, contra toda justicia, en manos de alguien que, a más de pensar como cualquiera y de escribir, en ocasiones, peor que cualquiera, tiene la facultad de publicar, posee el privilegio inicuo de añadir a su opinión la formidable palanca de un diario que la convertirá en una especie de sentencia.

¿Qué diría? ¿Qué protestas, qué amenazas, con qué velada o pérfida ironía? ¡Descubre la irritación de algunos tales abismos de ignominia, hallan intenciones, móviles o causas de incapacidad para *comprender*—es la salida habitual—tan refinadamente malévola!

Me encontré con la pura bondad, con el sufrimiento. Insinuábame que el suyo y el de su ser muy querido, su admirable y heroica compañera, había llegado hasta las lágrimas: hallè, dentro de la dignidad perfecta, una mansedumbre insospechada, una comprensión sin protestas, la duda que se volvía, no contra el juzgador sino contra el juzgado; explicaciones para entender, no tanto a la interpretación de que había sido víctima, como las causas, las circunstancias que la hacían justa, en parte verdadera y en parte, aún, provechosa.

Ha ocurrido que tras muchos años, escritores irritadísimos por una opinión adversa, ya serenos, en paz, tuvieron la hidalguía de agradecer el sacrificio de la franqueza y confesar que les había servido.

Oscar Castro me escribía a raíz del hecho doloroso, con la herida aun sangrante.

Experimenté la sensación que debe sentirse ante un milagro.

Tenía allí una prueba de que la Bondad, la verdadera bondad, sin mezcla, existe. De que la nobleza del espíritu, la generosidad del pensamiento, la altura del corazón, esas virtudes que perseguimos como demostración de verdades superiores, reflejos de otra vida, en realidad, se encuentran, podemos tocarlas, no son simples palabras ni una desesperada aspiración.

A través de dolorosas vicisitudes y por caminos entrecruzados, en el fondo solamente buscamos eso; que todo no sea, al fin, mentira y espejismo, proyección de la angustia o defensa de nuestra incurable debilidad.

Aquella carta me hizo entreverlo.

Tal vez influyó la lejanía: el acento del poeta distante, sin rostro, sin voz, solo conmigo, me hablaba como si procediera del espacio inmaterial.

Le contesté expresándoselo como podía. E iniciamos una larga correspondencia.

El me contaba sus tanteos y vacilaciones, el afán de perfección que, a veces, lo roía, desalentándolo, a veces lo acicateaba, trayéndole ese incesante descubrir que va de la forma al fondo, del fondo a la forma, cadena torturante y gozosa del oficio literario en que el ánimo y el desánimo se alternan para exprimírnos, tan necesarios en su vaivén de émbolo, el uno como el otro. No se creía «llegado», pese a los aplausos, muy entusiastas desde el comienzo; en ocasiones, como les ocurre a los artistas de conciencia vigilante, que se exigen mucho, se derrumbaba, gemía en la desolación.

Leamos algunos fragmentos.

Refiérese—15 de febrero de 1945—a una de sus obras: «Esperé desde un comienzo—dice—que mi libro no le gustase. Yo, que por más de dos años lo consideré cosa definitiva, he dejado también de quererlo. Me parece una empresa frustrada, a pesar de todo el fervor y la pasión que allí alientan. Por primera vez confieso francamente que estoy extraviado, que de

nada me sirve la intuición para orientarme, que mis signos antiguos carecen de valor. Es una crisis, Alone, una crisis dramática en la cual nadie puede auxiliarme. Es posible que yo esté fatigado, es posible que haya perdido mi don de síntesis, tal vez algo impalpable se ha desprendido de mi yo íntimo dejándome en orfandad. Procuraré descansar un año, dos, lo que sea preciso. Y si no vuelvo a descubrir mi lámpara, viviré como el desterrado que perdió su paraíso. Es duro y amargo decir esto; pero, allá, en el fondo, confío en la facultad de adaptación que poseemos los humanos. Estoy escribiéndole, Alone, como si me dirigiera a un hermano muy amado y muy comprensivo. Yo no sé de dónde me viene esta confianza ciega que me hace darme así, sin restricciones, como si hablase conmigo mismo. Me imagino que nos une el común denominador de la verdad, más bien de la pasión por la verdad. Yo creo que sacrificaría lo más querido de mi vida por una cosa sencillamente verdadera. El eje único de mi existencia no ha sido para mí sino ése, tanto en el diario vivir como en el arte. De ahí que a menudo me duela como una herida muy profunda la incompreensión—mejor, la falta de eco que suele rodear a mis mensajes. Pero—¡y cuánto sabe usted, amigo mío!—«existe la *impresión* que es nuestra y la *expresión* que sólo a medias podemos controlar»...

Dudaba de dónde le venía su confianza porque, desprovisto de amor propio, sincero en la humildad, rehusaba advertir que provenía de sí mismo, de su fondo generoso, de la ingenuidad de su alma sin repliegues. Ella le inspira confianzas que me atrevo a publicar, porque hace bien la existencia de seres de su temple y porque ayudará en parecido trance a quien sabe cuántos luchadores de la misma causa. Habla en seguida de sus perplejidades, esboza apuntes autobiográficos cuyo valor duplica su prematura muerte:

«Hasta mi tercer libro, «Huellas en la tierra», la creación había sido para mí algo fácil, casi diría alegre. Me elogiaron todos sin resevas al comienzo, especialmente los que no eran de

mi generación. Aquellos cuentos que tan bien recibidos fueron por usted no gustaron a ninguno de mis compañeros de letras. Me lo dijeron francamente, aconsejándome retornar al poema. Yo me apoyé en su juicio y en mi convicción y proseguí en ese nuevo camino. La condenación casi unánime que mereció «La Sombra de las Cumbres» me hizo pensar en que iba errando, que debía revisar mi obra y desconfiar de ella y de mi juicio. Y, ahora, mis versos... La poesía me quedaba como un refugio de regreso en caso de flaquear mis fuerzas en la otra tentativa. Me imaginé que aquí estaba en terreno firme y releí «Reconquista del Hombre», escrito hace dos años: me pareció excelente, lleno de humanidad, vigor y luz. Una vez más me ha engañado mi criterio, este criterio mío que yo creía tan firme, tan por encima de todos! Y ahora, Alone, amigo mío, dígame Ud., qué saca en limpio de todo esto. Pienso, como un alivio, que a todo escritor honrado deben acometerlo a veces tan terribles congojas. Las mías, con lo enormes que me parecen, tal vez no sean sino el reflejo de otras que vienen viajando a través de los tiempos, de corazón en corazón. Me habría gustado hablarle más largo, pero me falta paz y no he podido hallarme plenamente a lo largo de toda esta carta. No lo achaque a su crítica, que ella no ha venido sino a reafirmar lo que ya era en mí convicción».

La pasión de la verdad. Sí, en realidad, eso nos unía a través de tantas distancias de tiempo, de espacio, incluso de ideas, aunque nunca se nos ocurrió chocar en tal terreno, de tal modo pasaba por encima del plano común esa amistad de dos seres que nunca se habían visto y en la cual no era siempre el de más vieja experiencia y que aconsejaba el que más aprendía ni el que se quejaba de angustia e incertidumbre el que hallaba más confortación. La sed de sinceridad, el hambre de vida verídica se saciaba con ansia en esa fuente límpida.

En otra carta, 11 de mayo del 45, plantea problemas concretos:

«Yo me había prometido—y así se lo dije a Ud. en mi última carta—descansar por un largo tiempo de toda labor literaria. Había conseguido ya para mi espíritu la predisposición de quien se instala en un sanatorio resuelto a mejorar de su dolencia, un poco al margen de la vida. Y solamente las simples cosas cotidianas tenían valor para mi ánimo. Hasta de cartas prescindí, para eludir la tentación de recaer por ellas en la literatura. ¿Me creerá Ud. que no era tan desdichado como lo pensé en un comienzo? Volví por las tardes del Liceo y me daba a caminar por las carreteras que van hacia el horizonte, hacia las nubes encendidas, hacia los montes que ahondan su azul. Reparé en muchas cosas pequeñas y tiernas durante esos vagabundajes. Y mi breviario fué tan sólo un menudo ejemplar de «Platero y Yo» que me ayudaba a bien soñar, junto a los puentes, a los álamos, a los eucaliptus graves y callados. Ud. irá reparando que el cuadro no puede ser más eglógico. Era demasiada belleza para que pudiera perdurar. Vino Satanás y me dijo: «Todos los reinos que abarcan tus ojos a cambio de un libro». Yo seguía caminando sin mirar al tentador, Pero él me condujo a la cima de un monte y me susurró: «Toda la gloria de la tierra para ti si me das ese libro». Entonces comencé a vacilar. Y no aguardé la tentación tercera. Reducido a términos humanos y normales: el tentador era Nicomedes Guzmán y el libro «Llampo de Sangre». Mi amigo se había llevado, hace tiempo, antes de mi renunciamiento, una copia de esa novela para leerla. Ahora, director de la Editorial Cultura, me proponía su publicación. Dejé escurrirse los días sin responderle, pero ahora me llega una nueva carta suya, urgiéndome una decisión. Amigo mío, mi problema no puede ser más angustioso. Mi mujer y yo tenemos a «Llampo de Sangre» por una obra excelente. Pero lo mismo pensábamos de «La Sombra de la Cumbres» y de «Reconquista del Hombre», cuyo fracaso todavía me duele. He releído la novela con una especie de tensa hostilidad, a fin de hallar una perspectiva desapasionada... y ha resistido la prueba: sigo en-

contrándole excelencias y cualidades que me aconsejan publicarla. ¡Pero no quiero más fracasos! Desconfío profundamente de mi propia opinión y necesito que alguien me apoye o me derribe. Quiero entregarle a Ud. la suerte de «Llampo de Sangre». Es una novela minera. He trabajado en ella, puliendo, rehaciendo implacablemente, durante seis años. La escribí acatando el llamado telúrico, de estos montes poblados de vetas y de imposibles derroterôs. Hay allí la visión de muchos que murieron con ojos iluminados por el filón inalcanzable. Es, tal vez, en el fondo—lo descubro ahora—la misma tragedia de los que escribimos: muchos sacrificados para que uno solo llegue a lograr el fabuloso alcance. Yo no puedo ignorar, Alone, cuántos son sus quehaceres y cuántas sus obligaciones. Sin embargo, no vacilo en imponerle esta molestia más. Tal vez tenga el atenuante de que fué Ud. quien me enseñó a dudar. Ud. dirá si el libro debe publicarse, romperse o corregirse. A cualquiera de estos fallos me atenderé lealmente, conservando intactos el cariño, la estimación y el respeto que Ud. me ha inspirado siempre».

Poeta auténtico ante todo y en todo, Oscar Castro tenía mucho de niño. Ningún otro comentario puede hacerse a la especie de sumisión que muestra cuando tenía tanto derecho a afirmar y a enseñar.

Las cartas son copiosas y extensas. ¿Se formará con ellas, y otras más que debe haber, un epistolario? Su memoria y cuantos lo leyeran ganarían adentrándose en su intimidad cristalina.

De cuando en cuando, más tarde, con suma discreción, alude a su salud. No iba bien; sus pobres pulmones trabajaban dificultosamente y necesitaba exigirles una labor mortífera.

De pronto, calló.

Fué el primer toque de alarma. Le siguieron esas mejorías engañosas, esas esperanzas febriles, esos mirajes eufóricos que conocen los atacados por la atroz dolencia.

Visitando cierta vez en su lecho del Hospital Salvador a un amigo común, recluso allí transitoriamente, crucé unas

cuantas palabras con un mozo pálido, de facciones afinadas que ponía algún empeño en esfumarse. Recordé un retrato del poeta y le dije:

—¿Usted es Oscar Castro?

Salimos de allí charlando, siguiendo la conversación de nuestra correspondencia y nos prometimos vernos. Uno cuenta siempre con la vida como si nunca hubiera de concluir.

Volví a verle por segunda, tercera y última vez en el mismo Hospital, herido ya de muerte, después de un calvario, próximo a la agonía.

Y, ahora, mi buen amigo, mi corresponsal visible o invisible: adiós.

Los pequeños sucesos, contingentes no nos corresponden. Uno de los dos habita ya en la plenitud, libre de temores; de incertidumbres, sin la congoja perpetua, dueño de esa verdad cuyas partículas perseguía a ciegas y entre las cuales siguen moviéndose los que le amaban, asidos a su memoria y más seguros por ella de alcanzarla un día, por ella misma, a través del velo que nubla sus ojos, como iluminados.